



II DOMINGO DESPUÉS DE NAVIDAD - CICLO C

2 de enero de 2022

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

El Señor, que dirige nuestros corazones para que amemos a Dios, esté con todos vosotros.
R/ Y con tu Espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

Les deseamos paz y felicidad en este comienzo de la Eucaristía del Domingo segundo después de Navidad. Ayer nos hemos reunido para festejar a María, nuestra Madre e iniciar el año 2022 en total clave cristiana. Y hoy nuestra bienvenida quiere ser muy navideña, muy entrañable, porque este domingo es un eco de la fiesta de la Natividad del Señor. Y lo es, además, porque nuestro ánimo, en la proximidad de la Epifanía, – que celebraremos el día 6–, debe estar dispuesto a sumergirse en el sublime misterio de un Dios hecho hombre, de un Dios que se hace niño en Belén para salvar al mundo. Dispongámonos a esta celebración con idéntico júbilo al que mostramos el día de Navidad. Nos disponemos a participar ahora con fe en este encuentro de oración y de escucha de la Palabra de Dios.

[CANTO]

ACTO PENITENCIAL

Pedimos perdón al Señor confiando en su misericordia:

. - Tú que al nacer de María Virgen te has hecho nuestro hermano,
R/ Señor, ten piedad.

. - Tú que conoces y comprendes nuestra debilidad,
R/ Cristo, ten piedad.

. - Tú que has hecho de nosotros una sola familia,
R/ Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

GLORIA

GLORIA a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres
que ama el Señor.



Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos, te glorificamos,
te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.

Señor, Hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
Tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra suplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor,
sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno,
esplendor de los que en ti creen,
dígnate, propicio, llenar de tu gloria el mundo
y que el resplandor de tu luz
se manifieste a todos los pueblos.
Por nuestro Señor Jesucristo.
R/ Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del libro del Eclesiástico (24, 1-2. 8-12)

La sabiduría hace su propia alabanza encuentra su honor en Dios y se gloria en medio de su pueblo. En la asamblea del Altísimo abre su boca y se gloria ante el Poderoso. «El Creador del universo me dio una orden, el que me había creado estableció mi morada y me dijo: “Pon tu tienda en Jacob, y fija tu heredad en Israel”. Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y nunca jamás dejaré de existir. Ejercí mi ministerio en la Tienda santa delante de él, y así me establecí en Sión. En la ciudad amada encontré descanso, y en Jerusalén reside mi poder. Arraigué en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad».

¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**



Salmo responsorial Sal 147, 12 13. 14 15. 19 20 (R.: Jn 1, 14)

R. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

R. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Glorifica al Señor, Jerusalén;

alaba a tu Dios, Sión:

que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,

y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/.

R. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Ha puesto paz en tus fronteras,

te sacia con flor de harina.

Él envía su mensaje a la tierra,

y su palabra corre veloz. R/.

R. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Anuncia su palabra a Jacob,

sus decretos y mandatos a Israel;

con ninguna nación obró así,

ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

R. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (1, 3-6. 15- 18)

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. Por eso, habiendo oído hablar de vuestra fe en Cristo y de vuestro amor a todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mis oraciones, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos

¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**

[Canto del Aleluya]



EVANGELIO: Lectura del santo evangelio según san Juan (1, 1-18)

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: El que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

¡Palabra del Señor! **R/ Gloria a Ti, Señor Jesús.**

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

II DOMINGO DESPUÉS DE NAVIDAD – CICLO -C- LUCAS (2,41-52):

Hemos escuchado el mismo Evangelio del día de Navidad. Es el prólogo con el que evangelista san Juan introduce en el escenario de este mundo al Hijo de Dios. Es una de las páginas más hermosas de este evangelio. En él, el evangelista mezcla un himno que recitaban los primeros cristianos con un villancico entrañable. El himno dice: «En el principio ya existía la Palabra / y la Palabra era Dios. / Por medio de la Palabra se hizo todo, / y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. / En la Palabra había vida, / y la vida era la luz de los hombres...», y el villancico proclama: «Y la Palabra se hizo carne, / y acampó entre nosotros, / y hemos contemplado su gloria: / gloria propia del Hijo único del Padre». Ellos, como nosotros, sabemos que la palabra nos identifica como seres humanos: por medio de la palabra nos comunicamos y, sin el don de la palabra, sería grande nuestro aislamiento.

Por eso reconocieron que Dios también se comunica con nosotros por medio de la palabra, con la diferencia de que su palabra es una persona: su Hijo, y esta palabra es creativa: «mediante ella se hizo todo», porque «en la Palabra había vida, / y la vida era la luz de los hombres».



Esta Palabra ha llegado hasta nosotros encarnada en Jesús, como luz. Y aquí es donde empiezan las penalidades. Como ocurre en muchos villancicos, las penalidades están entrelazadas con la alegría del nacimiento del Hijo de Dios. Los primeros cristianos tenían memoria; habían convivido con Jesús y fueron testigos de que las tinieblas no acogieron al que era «la luz que brilla en las tinieblas». Por eso, no ocultan un dato, que les entristece: «La Palabra estuvo en el mundo / y, aunque el mundo se hizo mediante ella, / el mundo no la conoció. / Vino a su casa / pero los suyos no la recibieron».

Este mismo dolor experimenta hoy todo creyente sincero. Apenas que tantos hermanos nuestros “pasen” de Jesucristo; que muchos aún no le conozcan y otros no quieran conocerle. Nos apena, porque están perdiendo la gran oportunidad de sus vidas y, si este hecho no nos apenase, tendríamos que preguntarnos, como hace el papa Francisco: «¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos» (Evangelii gaudium, 264).

Somos muchos los que hemos experimentado el gozo de encontrarnos con Jesucristo y ver, reflejado en él, el rostro de Dios. Por eso proclamamos gozosos: «Pero a los que le recibieron / los hizo capaces de ser hijos de Dios. / ... Y la Palabra se hizo carne / y acampó entre nosotros / y contemplamos su gloria: / gloria propia de Hijo único del Padre, / lleno de gracia y de verdad».

Hermanos, en estos días, impregnados por el misterio de la Navidad, dejémonos empapar por el gozo de haber contemplado la gloria de Dios, de habernos encontrado con Jesucristo, de haber logrado que él oriente nuestra vida, de haber visto el rostro invisible de Dios, porque, aunque «a Dios nadie lo ha visto jamás, es el Hijo quien nos lo ha dado a conocer».

En la última Cena, el apóstol Felipe le dijo a Jesús: «Muéstranos al Padre, con eso nos basta». y Jesús le respondió: «Felipe, con tanto tiempo como llevo con vosotros ¿todavía no me conoces? Quien me ve a mí está viendo al Padre». Como hizo el apóstol Pablo en los primeros párrafos de su carta a los Efesios, que hemos escuchado en la segunda lectura, exclamemos: «¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales!». No nos duela el tiempo dedicado a contemplar a Jesús, pues en él vemos el rostro de Dios. Con Jesús nos ha llegado la gracia de ser hijos de Dios; he aquí el gran regalo de la Navidad.

Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre



los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Presentemos ahora nuestras súplicas confiadas a Dios Padre, que nos ha predestinado a ser hijos suyos en Jesucristo, Señor y Salvador nuestro. Repetimos después de cada petición: **R/ Roguemos al Señor.**

1.- Por la Iglesia; para que sepa comunicar al que es el Verbo de Dios al hombre de nuestro tiempo, oremos: **R/ Roguemos al Señor.**

2.- Por todos los que rigen los pueblos y legislan las naciones; para que la luz de la verdad les guíe, a la defensa de la vida humana, al cuidado de la naturaleza y a la paz entre los hombres, oremos: **R/ Roguemos al Señor.**

3.- Por todos los que han perdido la fe; para que la luz de Cristo, manifestada en el misterio de la Navidad, se muestre a los que no le conocen, y atraiga de nuevo a los que se han alejado de Él, oremos: **R/ Roguemos al Señor.**

4.- Por el eterno descanso de nuestros hermanos difuntos, que celebraron en otro tiempo estas fiestas de Navidad con nosotros; y por la eterna salvación de los bienhechores difuntos de nuestra parroquia; para que todos sean iluminados con la claridad de Dios en la Jerusalén del cielo, oremos: **R/ Roguemos al Señor.**

5.- Por todos nosotros, nuestros familiares y amigos; para que luz de Cristo ilumine nuestros pensamientos, palabras y acciones en el camino del bien, oremos: **R/ Roguemos al Señor.**

Señor, Dios nuestro, escucha nuestras súplicas. Con la intercesión de la Virgen María y de

San José. Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...



[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Te damos gracias, Señor, por tu amor hacia nosotros
y te pedimos que seamos dignos de este amor
correspondiendo con nuestro amor a ti y a los demás.
Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

Despedida

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

Bendigamos al Señor. **R/ Demos gracias a Dios.**